

El Juicio de Jesús

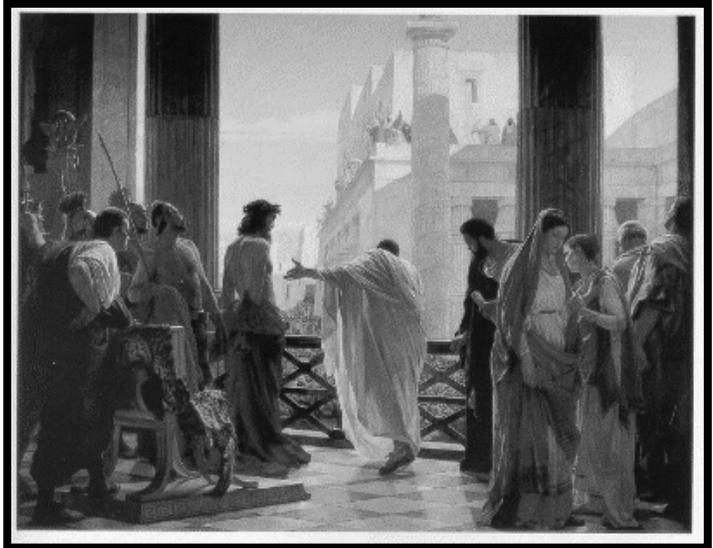
Oración: Pedir para recibir la gracia de poder “apenarse con Cristo en la pena, angustiarse con Cristo en la angustia, en el llanto y la profunda congoja debido al gran sufrimiento que Cristo padeció por mí”

Introducción:

Jesús ha sido arrestado. ¿De veras está sucediendo esto? Parece increíble. Durante esta reflexión acompañe a Jesús mientras Él es llevado a las diferentes autoridades. Se le va llevando por los diferentes sistemas legales de la época. Parece como un juego político; algunos tratan de no involucrarse, otros están enfadados planeando lo que sea para lograr lo que quieren y otros funcionarios tratan de apaciguar a ambos lados.

¿Quiénes son esta gente para juzgar a Jesús? Es sin lugar a dudas desconcertante que Jesús, que siempre tiene tanto que decir, en estos momentos se quede callado. Usted se enfrenta a la rapidez con que se lleva a cabo el juicio, a los testigos que mienten sobre Jesús y a la negación de Pedro. Todo confundido, usted todavía tiene la esperanza de que Jesús va a decir algo en el momento apropiado y a la persona que necesita para evitar todo esto, como tantas otras veces Él lo ha hecho. Parece increíble que la multitud grite: “¡Crucifícalo!” Usted está observándolo todo sin poder ayudar a Jesús y usted lo sigue, aunque no le agrada el rumbo que esto va tomando.

En estos momentos usted no necesita ser dirigido. Preste atención a sus sentimientos y pídale al Espíritu Santo que le abra sus ojos y su corazón para ver los detalles de la pasión de Jesús. Jesús ha compartido tanto de Sí mismo con usted y Él desea que usted comparta Su sufrimiento con Él.



Tú no te sorprendes de la fuerza de la tormenta
la veías venir.

Los árboles se escapan. Su vuelo hace que los
bulevares fluyan. Tú ya sabes que: aquél del
que ellos huyen es el mismo al cual tú te acercas.
Todos tus sentidos lo celebran mientras te
asomas por la ventana.

--Rainer Maria Rilke

Lucas 22:66 – 23:25 El Juicio de Jesús – Cuando amaneció, se reunieron los jefes de los judíos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley, y mandaron traer a Jesús ante su Consejo. Le interrogaron: ¿Eres tú el Cristo? Respóndenlos”. Jesús respondió: “Si se lo digo, ustedes no me creerán, y si les hago alguna pregunta, ustedes no me contestarán. Desde ahora, sin embargo, *el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha del Dios Poderoso.*” Todos dijeron: “Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?” Jesús contestó: “Dicen bien, yo lo soy.” Ellos dijeron: “¿Para qué buscar otro testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.” El Consejo en pleno se levantó y llevaron a Jesús ante Pilato. Allí empezaron con sus acusaciones: “Hemos comprobado que este hombre es un agitador. Se opone a que se paguen los impuestos al César y pretende ser el enviado por Dios.” Entonces Pilato lo interrogó en estos términos: ¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús le contestó: “Tú eres el que lo dice.” Pilato se dirigió a los jefes de los sacerdotes y a la multitud. Les dijo: “Yo no encuentro delito alguno en este hombre.” Pero ellos insistieron: “Está enseñando por todo el país de los judíos y sublevando al pueblo. Comenzó en Galilea y ha llegado hasta aquí.” Al oír esto, Pilato preguntó si aquel hombre era galileo. Cuando supo que Jesús pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envió, pues Herodes se hallaba también en Jerusalén por aquellos días. Al ver a Jesús, Herodes se alegró mucho. Hacía tiempo que deseaba verlo por las cosas que oía de él, y esperaba que Jesús hiciera algún milagro en su presencia. Le hizo, pues, un montón de preguntas. Pero Jesús no contestó nada, mientras los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley permanecían frente a él y reiteraban sus acusaciones. Herodes con su guardia lo trató con desprecio; para burlarse de él lo cubrió con un manto espléndido y lo devolvió a Pilato. Y ese mismo día Herodes y Pilato, que eran enemigos, se hicieron amigos. Pilato convocó a los jefes de los sacerdotes, a los jefes de los judíos y al pueblo y les dijo: “Ustedes han traído ante mí a este hombre acusándolo de sublevar al pueblo. Pero después de interrogarlo en presencia de ustedes no he podido comprobar ninguno de los cargos que le hacen. Y tampoco Herodes, pues me lo devolvió. Es evidente que este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte. Así que después de castigarlo lo dejaré en libertad. Pero todos ellos se pusieron a gritar: “¡Elimina a éste y devuélvenos a Barrabás!” Este Barrabás había sido encarcelado por algunos disturbios y un asesinato en la ciudad. Pilato, que quería librar a Jesús, les dirigió de nuevo la palabra, pero seguían gritando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Por tercera vez les dijo: “Pero ¿qué mal ha hecho este hombre? Yo no he encontrado nada que merezca la muerte; por eso después de azotarlo, lo dejaré en libertad.” Pero ellos insistían a grandes voces pidiendo que fuera crucificado, y el griterío iba en aumento. Entonces Pilato pronunció la sentencia que ellos reclamaban. Soltó al que estaba preso por agitador y asesino, pues a éste lo querían, y entregó a Jesús como ellos pedían.

Marcos 14:53-15:14 El Juicio de Jesús – Llevaron a Jesús ante el Sumo Sacerdote, y todos se reunieron allí. Estaban los jefes de los sacerdotes, las autoridades judías y los maestros de la Ley. Pedro lo había seguido de lejos hasta el patio interior del Sumo Sacerdote, y se sentó con los policías del Templo, calentándose al fuego. Los jefes de los sacerdotes y todo el Consejo Supremo buscaban algún testimonio que permitiera condenar a muerte a Jesús, pero no lo encontraban. Varios se presentaron con falsas acusaciones contra él, pero no estaban de acuerdo en lo que decían. Algunos lanzaron esta falsa acusación: “Nosotros lo hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho por la mano del hombre, y en tres días construiré otro no hecho por hombres.” Pero tampoco con estos testimonios estaban de acuerdo. Entonces el Sumo Sacerdote se levantó, pasó adelante y preguntó a Jesús: “¿No tienes nada que responder? ¿Qué es este asunto de que te acusan?” Pero Él guardaba silencio y no contestaba. De nuevo el Sumo Sacerdote le preguntó: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios Bendito?”. Jesús respondió: “*Yo soy, y un día verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios poderoso y viniendo en medio de las nubes del cielo.*” El Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras horrorizado y dijo: “¿Para qué queremos ya testigos? Ustedes acaban de oír sus palabras blasfemas. ¿Qué les parece?” Y estuvieron de acuerdo en que merecía la pena de muerte. Después algunos empezaron a escupirle. Le cubrieron la cara y le golpeaban antes de decirle: “¡Hazte el profeta!” Y los policías del Templo lo abofeteaban. Mientras Pedro estaba abajo en el patio, pasó una de las sirvientas del Sumo Sacerdote. Al verlo cerca del fuego, lo miró fijamente y le dijo: “Tú también andabas con Jesús de Nazaret.” Él lo negó: “No lo conozco, ni entiendo de qué hablas.” Y salió al portal. Pero lo vio la sirvienta y otra vez dijo a los presentes: “Este es uno de ellos.” Y Pedro lo volvió a negar. Después de un rato, los que estaban allí dijeron de nuevo a Pedro: “Es evidente que eres uno de ellos, pues eres galileo.” Entonces se puso a maldecir y a jurar: “Yo no conozco a ese hombre de quien ustedes hablan.” En ese momento se escuchó el segundo canto del gallo. Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: “Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”, y se puso a llorar. Muy temprano, los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la Ley (es decir, todo el Consejo o Sanedrín) celebraron consejo. Después de atar a Jesús con cadenas, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús respondió: “Así es, como tú lo dices.” Como los jefes de los sacerdotes acusaban a Jesús de muchas cosas, Pilato volvió a preguntarle: “¿No contestas nada? ¡Mira de cuántas cosas te acusan!” Pero Jesús ya no le respondió, de manera que Pilato no sabía qué pensar. Cada año, con ocasión de la Pascua, Pilato solía dejar en libertad a un preso, a elección del pueblo. Había uno, llamado Barrabás, que había sido encarcelado con otros revoltosos por haber cometido un asesinato en un motín. Cuando el pueblo subió y empezó a pedir la gracia como de costumbre, Pilato les preguntó: “¿Quieren que ponga en libertad al rey de los judíos?” Pues Pilato veía que los jefes de los sacerdotes le entregaban a Jesús por una cuestión de rivalidad. Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente a que pidiera la libertad de Barrabás. Pilato les dijo: “¿Qué voy a hacer con el que ustedes llaman rey de los judíos?” La gente gritó: “¡Crucifícalo!” Pilato les preguntó: “Pero ¿qué mal ha hecho?” Y gritaron con más fuerza: “¡Crucifícalo!”



En éstas o palabras semejantes ... Ellos llevan a Jesús ante Pilato para ser juzgado. Bueno, eso es lo que ellos alegan. Todo el mundo sabe que ellos desean que esté muerto. María, su Madre, la otra María y yo somos parte del inmenso grupo que está en espera de su destino. Nos quedamos en la periferia. Tengo que admitir que siento miedo de que me capturen y me castiguen junto a Él, pero me parece más importante estar aquí con Él que hacer cualquier otra cosa en el mundo. Se me hace muy difícil controlarme cuando llevan a Jesús ante Pilato y Caifás lo acusa en alta voz de delitos que supuestamente cometió. Me molesta que ellos cambien sus palabras y que acusen a Jesús de delitos que Él no ha cometido. Me empiezo a sentir triunfante cuando Pilato dice que no ha encontrado delito alguno en este hombre. Pero Caifás sigue insistiendo junto con el Sanedrín y logran enviarlo de nuevo a Pilato. Pilato dice que él no encuentra nada en él. En mí se mezclan a la vez emociones de gran triunfo y de tristeza. Sin embargo, prevalece la tristeza al oír a Pilato decir que va a castigar a Jesús. Me duele mucho que Jesús tiene que sufrir por delitos que Él no ha cometido. Me imagino que va a ser un castigo ligero solamente y que lo soltarán después de eso. Sigo a los guardias a.... supongo que al cuarto de torturas. Se ha ido congregando una multitud y yo me junto a la madre de Jesús y a María. Al principio lo están azotando con un látigo. Veo cómo todo su cuerpo se va enrojeciendo y su piel comienza a abrirse y a sangrar. Cada vez que es golpeado en la espalda yo me estremezco al verlo retorcerse del dolor. De momento parece que se detuvieron. Me siento más tranquilo ya que esto es todo lo que va a sufrir. ¡Espérense! Ahora se han armado de unos palos que tienen unas cuerdas como con garras en la punta. Comienzo a temblar al ver que se acercan a Jesús con esos palos. Entonces uno de los patanes de cabeza plana y mirada diabólica le entierra esos fragmentos en los costados de Jesús y puedo escuchar sus gritos. Jesús ya tenía muchas heridas por todo el cuerpo y me imagino que hasta el aire que sopla le causa dolor. Toda la espalda está llena de las heridas y ya casi no le queda ninguna piel. Lo único que puedo hacer es mirar horrorizado, completamente catatónico y escuchando el conteo. Trato de no mirar o de no escuchar sus gritos y sus horribles gemidos, pero los soldados siguen contando cada azote... undiviginti... viginti... De acuerdo al poco conocimiento que tengo del latín, éstos son los números diecinueve y veinte. Según continúan azotándolo, puedo oírlos contando hasta 40, hasta 50... Estoy a llanto vivo al ver lo que queda de Jesús. Grito horrorizado al ver el cuerpo mutilado de Jesús en la columna en el centro que lo tiran como si fuera un muñeco de trapo. Abrazo a Su madre y a María y me uno al llanto de ellas, tratando de encontrar alguna esperanza en estos momentos de tanta desesperación.

Practicando lo que se predica ... Para comprender mejor el juicio de Jesús y la realidad de lo que es ser considerado como un criminal, visite una cárcel o prisión. Puede también considerar leer la declaración de la Conferencia de Obispos Católicos de los EE.UU. titulada *Una Cultura de la Vida y la Penalidad de la Muerte* que se encuentra disponible en: <http://www.usccb.org/sdwp/national/penaltyofdeath.pdf>.